

HISTORIA ECLESIASTICA

GENERAL
Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y PROGRESOS.

SIGLO DECIMOTERCIO.

ARTICULO PRIMERO.

Estado político del imperio griego. Conquista de Constantinopla por los príncipes latinos. Consequencias de este suceso.

Alexo Angelo, que tomó el sobrenombre de Comneno, solo gozó cinco años del doble crimen con que se había manchado, destronando á Isaac su hermano, y haciéndole sacar los ojos. Isaac halló, pues, vengadores, que el jóven Alexo su hijo llevó de Occidente, pero cuyo ruinoso auxilio fué igualmente funesto á estos dos príncipes y al imperio. Es preciso extendernos en la relacion de estos sucesos que dieron el postrer golpe á la potencia de los griegos, que hicieron pasar á Constantinopla baxo un yugo extranjero.

Alexo Angelo se había libertado con la fuga de la crueldad de su tio. El papa y los príncipes christianos de Europa le parecieron los únicos protectores, cuya asistencia podía con seguridad implorar en los desastres de su familia. Se dirigió, pues, á Roma á Inocencio III. y á Felipe de Suabia, gefe del cuerpo germánico, casado con una hermana suya. Hizo la mas viva pintura de los males del imperio y de las sensibles pérdidas de la religion. Retrató á su tio con los mas negros colores; y representó á su padre gimiendo en las cadenas, y falto de las cosas mas necesarias á la vida, despues de haber sido dueño

de un poderoso imperio y de inmensos tesoros. Las circunstancias no podian ser mas favorables á los deseos del jóven príncipe. Un ejército de cruzados, destinado á socorrer á los christianos de Siria y de Palestina, se había reunido en Zara, en Dalmacia, y no esperaba sino el momento de pasar al Asia. Alexo fué conducido á él por los embaxadores de su cuñado Felipe; y allí repitió lo que había dicho al papa y á los príncipes sobre sus desgracias y las de su patria. No le escucharon con indiferencia; pero acabó de decidir en su favor á los gefes del ejército la promesa que les hizo de doscientos mil marcos de plata si querian volver sus armas hácia Constantinopla, y ayudarle á subir al trono de que habían precipitado á su padre. Se obligaba además á surtir de víveres al ejército de los cruzados por espacio de un año, y dar cinco mil caballeros armados para concurrir con los príncipes latinos al recobro de la tierra santa. La oferta de hacer entrar la iglesia griega baxo la autoridad pontificia no la oyó con ménos agrado el papa Inocencio III. En estas circunstancias todo anunciaba una próxima revolucion, cuyo teatro debía ser la ciudad imperial, y víctima el usurpador Alexo.

Despues de la convencion de que acabamos de hablar se abanzaron los cruzados hácia la capital del imperio. El usurpador les opuso un ejército, que fué batido: él mismo huyó; y habiendo esta derrota aniquilado su partido, Isaac Angelo fué sacado de la prision sin el menor obstáculo y restituido al trono por el senado, el clero, los grandes y el pueblo. Ratificó este príncipe el tratado que su hijo había concluido con los señores á quienes debía su restablecimiento. Asociado Alexo al imperio, se ocupó en cumplir sus empeños. Pero para satisfacer á la inmensa deuda que había contraído, no tuvo otro recurso que el de aumentar los impuestos, que ya eran excesivos, y de reducir á moneda la plata de las iglesias, y hasta los vasos sagrados, y aun no pudo desempeñar enteramente sus promesas. Buscó, pues, medios de dilatarlo con distintos pretextos á fin de ganar tiempo y de poder allanar las dificultades.

Muerto Isaac poco tiempo despues de ser establecido en el imperio, quedó Alexo por absoluto y único dueño; pero su suerte no era mejor que la de su padre. Des-

contentos los cruzados de sus dilaciones en cumplir el tratado que con ellos habia hecho, se permitian las vexaciones y el pillage, tanto en la ciudad como en los contornos, para de este modo pagarse por su mano. El pueblo atormentado del soberano y de los extrangeros, irritado ademas contra Alexo, á causa de la promesa en que se habia metido de hacer entrar la iglesia griega baxo la autoridad de la romana, solo esperaba un momento favorable para sublevarse. Alexo Ducas por sobrenombre Mursuphlo, á causa de sus pobladas cejas, pensó en aprovecharse de estas disposiciones del pueblo para su engrandecimiento. La sedicion se dexó ver en un instante por toda la ciudad. El populacho en tropel gritaba pidiendo otro emperador. La muchedumbre de los sediciosos se reunió en la iglesia de santa Sophia y sus cercanías, y obligó á juntarse al senado y al clero para dar nuevo dueño al imperio; fixaron sucesivamente los ojos en varios señores, que rehusaron la púrpura; pues ¿quién querría encargarse de un cetro que en el estado de las cosas debía acarrear su ruina? Al cabo de tres dias encontraron, pues, un jóven bastante atrevido para no temer las borrascas que rodeaban al trono. Llamábase éste Nicolas Canabé. Pero Mursuphlo no habia sublevado al pueblo por entronizar á otro. Corrió, pues, al palacio á informar al emperador Alexo de quanto pasaba, y aparentando zelo y fidelidad, le ofreció conducirle por un camino oculto á un asilo, en donde estaria seguro mientras se restablecía la tranquilidad. Aterrado Alexo, se dexó persuadir, y Mursuphlo le llevó á su propia tienda. Quando le tuvo en su poder, le cargó de cadenas, y no habiendo podido envenenarle, tuvo la crueldad de ahogarle con sus propias manos; despues de lo qual se vistió los ornamentos imperiales y se hizo proclamar. Canabé, cuyos partidarios disipados por el temor le habian desamparado, fué preso sin dificultad y encerrado en un calabozo. Mursuphlo creia haber satisfecho sus deseos; pero no debia gozar mucho tiempo de sus maniobras y de sus crímenes.

Los gefes de la cruzada y ejército latino, testigos de estos sucesos, no podian mirarlos con indiferencia. Dos príncipes á quienes habian protegido despojados del trono, y de la vida; el verdugo sentado en su lugar, cuya

política era romper los empeños que ellos habian contratado; esta circunstancia sobre todo les interesaba mucho, y no se debia esperar que despues de diferir la expedicion de la tierra santa por socorrer á los últimos emperadores, renunciásen las sumas que se les debian. Tampoco se conformaba con las ideas de honor que los dirigia sufrir un usurpador en la tranquila posesion del fruto de su crimen, y burlar su poder. Pero no estaban de acuerdo sobre lo que debian hacer en tales circunstancias? Se contentarian acaso con exígir el pago de lo que aun se les debia, en consecuencia del tratado de Alexo Angelo ratificado por su padre? Tomarian las armas para vengar la muerte de dos príncipes y el insulto hecho á los señores latinos que se habian declarado sus protectores? Elegirian á un príncipe de la casa de los últimos soberanos para colocarle sobre el trono? Se apoderarian finalmente de Constantinopla para cobrarse por su mano y vengarse al mismo tiempo? Se prefirió este último partido. Era mas conforme al espíritu que animaba á los gefes del ejército, y si aun restase alguna duda sobre la legitimidad de la empresa, la decision de la prelado la habria calmado. En efecto, ellos no se detuvieron en autorizar el proyecto formado sobre el imperio de Constantinopla, y en declarar á nombre del papa que las indulgencias de la cruzada comprehendian esta expedicion; pues por las preocupaciones de aquel tiempo se distinguia poco entre cismáticos levantados contra la cabeza de la Iglesia y los infieles declarados contra Jesu-christo.

Decidido el sitio de Constantinopla, los franceses y venecianos que hacian el grueso del ejército, arreglaron entre sí la distribucion del botin, y se avanzaron hacia los muros de la ciudad. Favorecido Mursuphlo del temor que tenia el pueblo de caer en manos de los latinos, hubiera podido defenderse; pero apenas estuvo en posesion del trono que acababa de usurpar, quando se hizo odioso por su avaricia y por sus injusticias. Se dieron á las torres y muros muchos asaltos, que al principio resistieron con vigor los sitiados; pero finalmente la constancia y el valor de pocos sobrepusieron á una multitud dividida y mal gobernada. La ciudad se tomó por escala el 12 de Mayo de 1204, despues de tres dias de ataque. Mursuphlo, que se habia fortificado en el palacio de Bu-

coleon, acobardado se salvó durante la noche en un barco. Levantó despues un ejército, y parecia dispuesto á emprenderlo todo á trueque de restablecerse, quando cayó en manos de aquel Alexo Comneo que habia precipitado á su hermano Isaac del trono imperial, y que arrojado despues habia formado una pequeña soberanía, cuya capital era Morinópolis. Ambos despojados de la púrpara que habian usurpado, y ambos manchados con el crimen, les importaba combinar sus fuerzas contra el enemigo comun. Mursuphlo se ofreció á Alexo, y éste pareció recibirle de buena fe. Pero ¿qué union podía haber entre dos ambiciosos, uno que habia sacrificado á su hermano, y el otro ahogado á su dueño? Mursuplo fué, pues, la victima de su confianza: Alexo le hizo sacar los ojos; y de allí á poco los cruzados, á quienes fué entregado, le condenaron á ser precipitado de lo alto de una columna, digno castigo de su rebelion y de su parricidio.

Apénas los cruzados ocuparon la ciudad imperial, quando los soldados, animados del odio y la esperanza del botin, se derramaron sobre todos los quarteles sin orden y sin freno, para satisfacer su avaricia y brutalidad. El asesinato y el robo fueron sus menores excesos. Sacrificaron indistintamente todo lo que se les ponía delante, mugeres, niños y viejos; nada perdonaron ni á las vírgenes consagradas á Dios, ni á los ministros del altar. Lo mas sagrado de la religion vino á ser objeto de sus profanaciones y sacrilegios. Los templos fueron saqueados, las cosas santas profanadas, la Eucaristía echada por el suelo, y los asilos de la piedad trocados en lugares de corrupcion. Habia en Constantinopla una cantidad prodigiosa de reliquias depositadas en caxas preciosas: esto hacia la mayor riqueza de las iglesias; el oro, la plata y la pedrería fueron presa del soldado. Despues que hubieron arrebatado todo lo que excitaba su codicia: los señores se tomaron los cuerpos de los santos y los huesos, que á su vuelta transfirieron á Europa. De ahí vienen la mayor parte de las reliquias de los santos orientales que las iglesias de Occidente se glorian de poseer. El incendio se añadió á los horrores de la matanza: habiéndose puesto fuego á algunas casas, no se apagó hasta haber consumido todo un quartel de la ciudad. Si se

ha de dar crédito á los historiadores, jamas hubo ciudad tomada por asalto, á cuyos desastres acompañasen tan horribles circunstancias, ni cuyos conquistadores se dexasen llevar de tan violenta y feroz barbarie.

Luego que el furor de los vencedores empezó á disminuirse, los cruzados se ocuparon en repartir sus conquistas y dar un gefe al imperio. Este nombramiento era muy importante al estado en que se hallaban las cosas. Se trataba de elegir un príncipe capaz de restablecer el orden y la tranquilidad despues de tantos vavvenes. Esta eleccion era difícil, debiendo temerse que no viniese á ser un motivo de division entre los que podian aspirar al trono. Con la mira de precaver semejantes inconvenientes, se nombraron doce electores, seis franceses, y seis venecianos, y se convino en reconocer por emperador al que tuviese mas votos. Entre los señores que tenian pretension al trono, dos principalmente parecian formarla con mas fundamento que los otros, tanto por el gran crédito de que gozaban, como por ser contados entre los soberanos de la Europa: estos eran Balduino, conde de Flandes, y Bonifacio, marques de Monferrat. La pluralidad de votos recayó en el primero, quien fué solemnemente coronado en la iglesia de santa Sophia entre las aclamaciones del clero y ejército latino. Todos los acaecimientos que acabamos de referir corresponden á los años 3 y 4 de este siglo.

La conquista de Constantinopla es uno de los sucesos mas prodigiosos de que habla la historia. Veinte mil hombres bastaron á apoderarse en pocos dias de una ciudad de una extension inmensa, fortificada por quantos medios poseia entónces el arte de la guerra, y poblada de un sin número de habitantes; pues contaba cerca de quatrocientos mil capaces de manejar las armas. Se hizo un botin considerable de oro, plata y efectos preciosos, de que la quarta parte se adjudicó al nuevo emperador segun la distribucion, y las otras tres bastaron tambien á enriquecer todo el ejército desde el general hasta el último soldado.

En tanto que los cruzados sitiaban la ciudad imperial, y que Mursuphlo huia, se habia juntado el pueblo en la catedral para elegir un soberano que pudiese gobernarle y defenderle. Teodoro Ducas rehusó este honor peligroso; pero Teodoro Lascaris, yerno de Alexo Angel, osó

aceptarle sin revestirse por esto de los ornamentos imperiales poco convenientes al estado de las cosas ni á su patria. Pero despues de la conquista de Constantinopla se retiró á la Natolia, y desde allí á Nicea, en donde fixó su residencia. Tomó entónces el título de emperador, y fué reconocido por tal del total de la nacion, aunque los griegos estaban divididos entre los diferentes príncipes que se disputaban los restos del imperio. Era Teodoro el mejor capitán y mas apto político de su tiempo: con fuerzas muy inferiores á las de sus enemigos, y tan cortos dominios, supo conducirse de tal modo, y usar de su poder, que se mantuvo siempre con ventajas á pesar de los obstinados esfuerzos de los turcos y de los latinos que le atacaban cada uno por su parte. Los griegos le miraron como la sola cabeza del estado, y el verdadero depositario del poder supremo, cuyos derechos transmitió á sus sucesores, quienes les hicieron valer quando las circunstancias les fueron mas favorables; como lo veremos en breve.

Balduino se entregó á todos los cuidados anexos á la nueva dignidad. Trabajaba en reparar la ciudad, restablecer el buen orden, reunir las provincias desmembradas del imperio por varios usurpadores, y en reconquistar lo que los turcos y búlgaros habian quitado á los últimos emperadores. Tenia todos los talentos necesarios para llevar á colmo sus designios, la prudencia, el valor, la justicia y la perseverancia. Pero su reynado fué corto, y su fin desgraciado. Por otra parte le favorecieron poco los príncipes latinos, de que muchos zelosos de su elevacion le suscitaron obstáculos que dividieron sus fuerzas y frustraron sus designios. Apénas habia un año que ocupaba el trono de Constantinopla, quando pereció del modo mas atroz y mas funesto, despues de una batalla que acababan de ganarle los búlgaros. Su valor, su desinterés y equidad han sido elogiados aun por los escritores griegos, que no han podido ménos de reconocer en él las virtudes de gran príncipe y de grande hombre.

A su muerte se siguieron nuevas turbaciones, y el nuevo imperio fué continuamente agitado, tanto por guerras extrangeras, como por divisiones intestinas. Los príncipes sus sucesores, mal asegurados en el trono, reducidos á un poder muy limitado, y siempre ocupado en con-

tener ó conciliar los señores latinos que habian formado pequeños estados en las islas y en el continente, no fueron realmente sino sombras y débiles imágenes de lo que habian sido los antiguos dueños de la ciudad imperial. Tales es la idea que nos da la historia de Henrique, hermano de Balduino, que le sucedió en 1206, y los demas príncipes que despues de él tuvieron el nombre de emperadores, como fueron Pedro, Roberto, Balduino de Cortenai, y si se quiere Juan de Briena, que de rey de Jerusalem, pasando á ser general de las tropas del papa Gregorio IX., remató con ser tutor del jóven Balduino, á quien arrebató el imperio para siempre. El sistema feudal que los cruzados habian introducido en el Asia fué la principal causa de la inestabilidad de este nuevo imperio y de su pronta ruina.

Los reynados de todos los príncipes que acabamos de nombrar, solo llegaron al año de 1265, y componiendo el espacio 57 años. La revolucion que los despojó del centro imperial es aun mas admirable que la que lo puso en sus manos. Miguel Paleologo, despues de haber gobernado algun tiempo con el título de regente durante la minoridad de Juan Lascaris legítimo soberano, habia tomado el nombre de emperador, como colega de su pupilo. Tenia todas las calidades de que los ambiciosos se sirven para elevarse, oprimiendo á los otros. Sabia bien el arte de la guerra, no siendo ménos hábil en la política y ciencias del gobierno. A un príncipe de este carácter solo faltaba una ocasion oportuna para recobrar quanto los griegos habian perdido á principios del siglo. Un suceso imprevisto se la presentó. Alexo Strategopulo, á quien por sus servicios se habia elevado á la dignidad de César, pasaba cerca de Constantinopla con un cuerpo de ejército que comandaba. Estaba encargado de reconocer el estado actual de la plaza. Supo que se hallaba casi indefensa, y que toda la guarnicion se reducía á un puñado de franceses mal armados. Formó de repente el designio de atacarla, y despues de una débil resistencia de parte del corto número de soldados que se le opusieron, se apoderó de ella. Luego que Miguel lo supo, partió á tomar posesion de esta conquista. Su entrada en la capital del imperio, que al fin volvía á la obediencia de sus antiguos dueños, fué un verdadero triunfo. Partió los honores con

Strategopulo, á quien se debía toda la gloria de aquel suceso. Pero el ambicioso Paleologo, que queria reynar solo, eclipsó el esplendor de su victoria con una páfida y cruel conducta para con el jóven Lascaris su colega. Le hizo sacar los ojos, le despojó de la púrpora, y le encerró en un castillo, que poco despues fué su sepulcro. Este crimen acarrió á Miguel una serie de desgracias que emponzoñaron el resto de sus dias. Murió, pues, en 1282, año y medio despues de la rendición de Constantinopla, habiendo reynado 24 años. En otro lugar referirémos lo que hizo para reconciliar la Iglesia griega con la santa sede, y el poco suceso de sus tentativas en esta parte. Andrónico II., su hijo y sucesor, reynó hasta el año de 1332, por lo qual le dexamos para el siguiente siglo.

La revolucion que restituyó á los griegos el imperio de Constantinopla fué el término de la prosperidad de los latinos en aquellas regiones. El emperador Balduino II., á quien la fortuna acababa de arrebatár una corona, siempre vacilante tanto sobre sus sienes, como sobre las de sus predecesores, fugitivo y mendicando por todas partes socorros prometidos y nunca dados, conservó hasta la muerte el vano título de su antigua dignidad. Derechos aun mas vanos, pues nunca llegaron á tener valor, fué la única herencia que dexó á su posteridad este desgraciado monarca: en vano recurrió al papa y á los soberanos de Europa representando á unos y á otros que sus intereses eran los de la religion, y concluyendo tratados por los quales cedia parte de lo que ya no poseia; no inspiró sino una compasion fria y algunos preparativos de guerra que se quedaron sin efecto. Su hijo pasó asimismo su vida ajustando tratados, y formando proyectos que jamas se verificaron; de suerte que las casas adonde sus descendientes llevaron estas pretensiones, no sacaron otra ventaja que la de juntar un vano título, á los que los grandes ostentan en los actos particulares que les pertenecen.

ARTICULO II.

Estado de la potencia musulmana en Oriente. Invasion y conquista del Mogol. Revolucion que ocasionó en el Asia.

En el principio de este siglo, aunque estaba dividido el poder de los musulmanes entre varios príncipes, no dexaba aun de ser muy formidable. Ellos ocupaban toda el Asia y parte oriental; y al Occidente y Mediodia la Persia y sus vastas provincias; una parte de la India y todo el Egipto obedecia sus leyes. Antes de la revolucion que hizo á los príncipes latinos, dueños de Constantinopla, se veia el imperio griego reducido á los mas estrechos límites por los continuos progresos de los sucesores de Saladino y de los otros sultanes turcos, que reynaban ya en Alepo, ya en Damasco, ya en Iconia. El imperio mas floreciente y vasto de todos aquellos en que el mahometismo se habia establecido sobre las ruinas del christianismo y de los demas cultos era sin duda el de los príncipes Karismines. Mahomet, que la regia á principios de este siglo, extendia su dominacion desde la antigua Media hasta la Tartaria, de que poseia varias regiones, como una parte bien considerable de la India. Todos los soberanos que reynaban en estos diferentes estados, y aun el mismo monarca persa, reconocian aun al califa de Bagdad por cabeza en el órden politico y religioso. Ellos le quitaban sus provincias, y aun á veces le despojaban de su dignidad, le imponian leyes segun su capricho ó sus intereses, y disponian arbitrariamente de todo; pero respetando siempre el sagrado poder del califato en qualquier mano que estuviese. Este era el fruto de la costumbre y de la preocupacion.

Pero se aproximaba el tiempo en que el poder de los musulmanes y su califato, de donde dimanaba, iban á ser sorbidos por los conquistadores mas formidables y mas crueles que hasta entónces habian desolado el universo. El Norte los produjo como á los antiguos bárbaros que se echaron sobre el imperio romano y le destruyeron. Eran del linage de los scitas, y habian tomado el nombre de tártaros de uno de sus príncipes, llamado Tar-

tar-Kan. Estaban divididos en hordas, cada una con su gefe, con el título de Kan, que correspondia al de rey, y todos ellos reconocian la soberanía del gran kan ó emperador en quien residia la autoridad suprema, y del que los demas kanes eran tenientes. Entre estas hordas ó tribus habia una que se distinguia de todas por el espíritu guerrero que la animaba. Habitaba al Norte del Katai, hácia las fronteras septentrionales de la China. Uno de sus kanes, llamado Jeson-Kai-Bahadour, habia comenzado á ilustrarla á mediados del siglo XII; pero la celebridad de su hijo obscureció bien presto la suya. Se llamaba Temondgin, pues el nombre de Gengiskan, con el qual se le conoce, y es lo mismo que rey de reyes, se le dió, dicen, como en presagio de su futura grandeza, un monje del Turquestan que la supersticion hacia pasar por un profeta. Baxo este príncipe, el mas portentoso de los que de su especie han existido, la nacion del Mogol (que así se llamaba la tribu, cuyo caudillo era) amenazó al resto del universo con la esclavitud ó la destruccion.

Este príncipe, nacido para infelicidad del género humano, tenia solo 13 años quando murió su padre, y ya entónces gozaba por su valor la reputacion de un famoso guerrero. Los demas príncipes solicitaban su alianza é imploraban su auxilio. Fué uno de ellos el kan de los tártaros kheraitas, llamado Thogrol-onk-Kan, que era cristiano de la secta de Nestorio, y tambien sacerdote. Se le habia dado en el bautismo el nombre de Juan, y es aquel preste Juan tan conocido por las relaciones de los viajeros y de los historiadores. Sus vasallos se le habian revelado; imploró el socorro de Gengiskan que castigó á los rebeldes, y le restableció en sus estados. Pero de allí á algun tiempo se indispuso Thogrol con su bien hechor, y habiendo Gengiskan tornado contra él sus armas, no escuchó sino á su resentimiento. Thogrol fué derrotado en una batalla, y su reyno la presa del vencedor. Tal fué el principio de las conquistas que hicieron en breve á Gengiskan el terror de todas las naciones. Desde aquel punto nada hubo capaz de suspender sus progresos. En pocos años todas las hordas de los tártaros cayeron baxo su yugo, á pesar del valor de sus caudillos y de su amor á la libertad. El Norte y el Oriente del Asia se vieron sucesivamente sujetos á sus leyes. Volvió despues sus ar-

mas hácia la China, de que conquistó varias provincias; de allí se arrojó sobre la Persia, y por esfuerzos prodigiosos de valor y una actividad casi increíble llegó al punto de destruir la formidable potencia de los karismenes. Meditaba aun otras conquistas quando le sobrevino la muerte en 1227: habia solo reynado 22 años, y este corto tiempo le habia bastado para sujetar una multitud de pueblos guerrosos y poderosos. Se admiraban en él tanto la prudencia como el valor; pero deslucia estas bellas calidades con una ambicion desmesurada, y una sed de sangre humana que no pudo apagar el infinito número de victimas que inmoló á sus deseos de reunir á todas las naciones baxo su obediencia.

Dexó Gengiskan nueve hijos, que no tuvo mas, de 500 concubinas que mantenía; lo que prueba, por decirlo así, que la poligamia es mas contraria que favorable á la poblacion, sobre todo quando es excesiva como se nota entre todos los soberanos de Oriente. Oktai, aunque no era su primogénito, sucedió sin obstáculo á su padre, que le habia señalado por soberano del Mogol antes de su muerte. Esta eleccion habia nacido sin duda de la conformidad de talentos y de inclinaciones que habia entre padre é hijo. En efecto, es difícil hallar en la historia dos príncipes uno sucesor de otro, que tengan tanta semejanza en lo activo, ambiciosos y conquistadores, como Gengiskan y Oktai. Tenian uno y otro la misma impetuosidad, la misma contrariedad al reposo, la misma passion de dominar, de extender su poder, de inspirar el terror, y de ver un tropel de reyes y de pueblos á sus pies. Animado del mismo espíritu que su padre, y conducido por los mismos designios, continuó Oktai su plan de expediciones con un ardor infatigable. Sojuzgó por sí mismo ó por sus generales lo que aun quedaba por sujetar en la China y en la Tartaria. Penetró en seguida en los países situados en las costas del mar Caspio, llevando rápidamente sus conquistas hasta la Rusia, la Polonia, la Hungría y los países vecinos. Los bárbaros que combatian para satisfacer sus inmoderados deseos de invadirlo todo, parecian no llevar otro objeto que el de arruinar, destruir y trocar en desiertos todos los países que pisaban. La historia nos los pinta como conduciendo la desolacion á todas partes, complaciéndose en aniquilar las ciudades,

bañándose en la sangre de los vencidos, y solo mirándose como dueños de un país quando le habian despojado.

En tanto que los exércitos de Oktai desbastaban el Asia, y hacian temblar la Europa, sus generales con otras tropas desolaban la Siria y las provincias dependientes. Los mogoles cometieron en aquellas comarcas los mismos robos y crueldades, con las quales estaban hechos á señalar su tránsito. Los países que sucesivamente fueron el teatro de aquellas funestas guerras no gozaron de mucha calma despues de la muerte de Oktai sucedida en 1241. En breve Mangou-Kan, su segundo sucesor, atormentó de nuevo á los pueblos. Su hermano Houlagou entró de orden suya en Persia para acabar de someter, ó por mejor decir, de exterminar á sus habitantes; porque ésta era, como dexamos dicho, la política de los conquistadores, y esto se llamaba hacerse dueños de una nacion. Pero este Houlagou hizo un gran servicio á la humanidad sin pensarlo, siguiendo el espíritu de destruccion que le guiaba, y fué aniquilar la nacion cruel y formidable de los bathenios ó asesinos de Persia, que eran mucho tiempo habia el azote del Asia. Despues de esta expedicion fué á sitiar á Bagdad, residencia ordinaria de los califas, y único asilo de aquellos gefes del mahometismo. La rindió despues de algunos dias casi sin resistencia, habiendo sido entregado por los suyos Mortasem que reynaba entónces. Creyó este príncipe asegurar su persona y su vida yendo él mismo á ponerse á la discrecion del vencedor; pero experimentó que la generosidad no es la virtud de aquellos hombres feroces que se complacen en derramar la sangre de los infelices que la suerte de la guerra pone en sus manos. La ciudad fué abandonada á la codicia del soldado, el pillage duró siete dias, y el desgraciado Mortasem fué muerto con su hijo, acabando en él la dinastía de los abassidas, y con ella la dignidad del califato tan formidable en sus principios por la reunion de los derechos sagrados del sacerdocio y del trono en una misma persona. Así el imperio que Mahoma habia fundado con la fuerza, y que sus primeros sucesores habian llevado tan léjos con sus conquistas, fué destruido por medios semejantes á aquellos que habian dado su origen. Habia durado 656 años baxo el gobierno de 56 califas, de los quales 14 eran del

linage de los omniades, y 37 del de los abassidas.

Mangou-Kan, de cuyas órdenes Houlagou, su hermano, solo era executor, abrazó la religion christiana á persuasion de Asan, rey de Armenia, que le habia inspirado el designio de combinar sus armas con las de los príncipes christianos, para expeler á los mahometanos de la Siria, y quitarle la tierra santa. Pero el christianismo de aquel príncipe y de los vasallos que habian seguido su exemplo, apenas merecia este nombre. Guillermo de Rubruquis y los demas religiosos del orden de los franciscanos, que san Luis envió como embaxadores á su corte, los hallaron sumergidos en una ignorancia tan profunda, que no tenian idea justa de nuestros misterios, y ni siquiera sabian distinguir la religion de Jesu-christo de las sectas que le son contrarias. Sin embargo, no carecian de zelo contra los enemigos de la fe, pues Abaka sobrino y sucesor de Mangou, despues de Houlagou envió embaxadores al concilio de Leon de Francia en 1274 para formar alianza con el papa y los príncipes christianos contra los musulmanes que habian recobrado la superidad sobre los mogoles en la Siria y Asia menor. Pero este zelo duró poco, y nada produjo ventajoso á los christianos de Oriente, puesto que Nikondar, VI. kan del Mogol, despues de Gengis, en 1282 abrazó el mahometismo, tomando el nombre de Hamed-Kan; siguió su exemplo la mayor parte de los señores y del pueblo, que corre siempre tras de los príncipes y los grandes. Por esta mudanza recobró el eslamismo lo que habia perdido por la destruccion del imperio de los califas.

El príncipe mahometano, que se oponia con tanta ventaja á los progresos de los mogoles en la Siria, era Bibars de la raza de los mamelucos que acababan de despojar del trono y de todos sus dominios á la familia de Saladino, tan poderosa y formidable que los habia sacado de la obscuridad. Los mamelucos de los turcos, originarios de Captchaq, era una milicia formada por el sultan Saleth, séptimo de Egipto desde Saladino, para su guardia. Los habia comprado á los mogoles que en sus expediciones hacian esclavos á los que el fierro perdonaba; de ahí les vino el nombre de mamelucos, que significa esclavos. Muchos de ellos llegaron por su valor y talento á los primeros cargos del estado y al mando de los exércitos. Su autoridad

creció de día en día; é influían igualmente en los negocios civiles y en los militares. En fin, ellos fueron para los descendientes de Saladino lo que en otro tiempo los turcos para los califas que los habian llamado á su servicio. Hicieron temblar á sus soberanos, y los inquietaron con frecuentes rebeliones, y mas atrevidos que los kurdos se apoderaron del trono, al rededor del qual no dexaba de haber una gran tempestad hacia ya tiempo.

Era Bibars el quarto príncipe que le ocupaba despues de la revolución; habiendo arrojado de él á Koutouz, á quien degolló de un sablazo, en venganza de la injusticia que le habia hecho dando á otro emir el gobierno de Alepo que le habia prometido. Su valor, su pericia militar, y su extremada actividad, le habia adquirido mucha reputacion en el reynado de su antecesor. Habia suspendido los progresos de los mogoles, quando solo mandaba como general las tropas mahometanas. Sus sucesos contra ellos no fueron ménos brillantes desde que fué soberano. Inflamado de los deseos de justificar su elevacion, y de mostrarse digno del lugar adonde su audacia le habia sublimado; continuó la guerra con tanto ardor y corage, que llegó á arrojar los mogoles de todas las ciudades que habian tomado, y á despojarlos de todas las conquistas que habian hecho en los países de Saladino y de los príncipes de su casa. Desde que subió al trono de Egipto hasta su muerte no dexó las armas, atacó sucesivamente todos los generales del kan del Mogol; y todos los cuerpos de tropas que los francos, unidos con ellos por intereses para destruir la potencia de los musulmanes, habian puesto en campaña. Nada le resistió: tan diestro era en juntar la prudencia de las medidas al vigor de la execucion. Forzó los puestos, cuyo ataque era mas difícil, tomó las fortalezas mejor defendidas, una multitud de ciudades, y asoló el territorio de aquellas, cuyo sitio le hubiera ocupado mucho tiempo. En fin, este príncipe, el único capaz de oponer una barrera á los progresos de los gengiskandidos, tuvo la gloria de entrar vencedor en la Armenia, en donde hizo un inmenso botin, y de donde llevó una muchedumbre de cautivos, entre ellos á su rey, fiel aliado de los mogoles y de toda su familia. El reyno de Nubia, situado entre el Egipto y el mar rojo, cuyos pueblos jamas se habian sometido á nin-

gun extranjero, reconoció su dominio; y el rey de aquel país fué conducido al Kairo cargado de cadenas. Por último los francos, que habian esperado resarcir sus pérdidas aliándose con el Mogol, hallaron en él otro Saladino que apresuró su ruina con las victorias que le ganó. Murió este príncipe en 1277, despues de haber reynado cerca de 19 años, dexando el imperio de los mamelucos tan bien consolidado, que fueron menester los mas violentos golpes para trastornarle. Aun tendremos ocasion de referir las hazañas de este conquistador quando hablemos de las últimas cruzadas.

ARTICULO III.

Estado de la Europa y de las potencias de Occidente.

La Europa christiana, que por la influencia del sistema feudal, y por las funestas querellas del sacerdocio y del imperio, era hacia tanto tiempo el teatro de continuas guerras, fué mas agitada que nunca durante este siglo. Se vieron sucesos extraordinarios, y hechos mas atroces que los que habian visto los siglos anteriores. Ya hemos indicado que por la reunion de diferentes causas físicas y morales habian recibido los ánimos una nueva impresion que los conducia á empresas peligrosas, y á aquellas en que la opinion hallaba mucha gloria; porque ofrecian grandes obstáculos en vencerlas, y que se dexaba ver el valor y la intrepidez en los que las emprendian. El gusto de la independencía y el atractivo de lo maravilloso se combinaban con las preocupaciones del tiempo, y con los principios de la caballería, y las máximas de honor que se habian adoptado en todas partes; de todas estas causas resultaba una mezcla de grandeza romancesca y de valor heroico, que necesariamente debian ser principio de acciones interesantes por sus circunstancias y consecuencias.

Comencemos por la Alemania: estaba dividida al fin del doceno siglo entre tres competidores que aspiraban al imperio, y que tenian cada uno títulos bastante poderosos para procurar sostenerlos con las armas, y hallar defensores prontos á entrar en sus intereses. El primero de estos era Federico II., hijo del emperador Henrique VI.,